

CAMA DE POBRE

Por MAURO MUÑIZ



EL Felipe, echado en su cama, sabía que para él había llegado la hora de la paz. Quieto, más tumbado sobre sí mismo que sobre el colchón, con los ojos menos hacia fuera que hacia dentro, sentía correr la savia que le quedaba y encontraba en ella unos rincones de sosiego y hasta de dulce pena que nunca había tenido. La ira, que tantas veces le había mordido por tantas cosas, se iba durmiendo como un animal apaleado que no se atreve ya a enseñar los dientes.

A veces el Felipe pensaba en lo que quedaba atrás. En la mujer, allí, en la casa de lo que llamaban suburbio. En la hija, aún pequeña, aún sin saber valerse por la vida, sin siquiera saber decir el nombre. Las dos estaban quietas, acurrucadas en un rincón aquel día en que dijo el médico:

—Hay que meterte en un hospital, Felipe! Tú tienes que estar en un hospital.

Y como la mujer le mirase con ojos rotos, suplicantes:

—Si se queda aquí con vosotros os contagia a las dos!

Hubo que dar cien mil vueltas para entrar allí, para conseguir un sitio en la sala de pobres. Estaba lleno. Hasta los topes.

—Como es invierno —explicó uno de los médicos a la mujer—, todo el mundo quiere entrar! Aquí, por lo menos, piensan que se está caliente y que dan vitaminas. Pero no podemos admitir más que a los verdaderamente graves...

La mujer, baja la cabeza, muda, parecía la imagen de la limosna.

—Pero el suyo entrará! No se preocupe. En cuanto tengamos una cama libre.

La mujer volvió todos los días a preguntar. Mientras él esperaba, en la cama del chamizo en que vivían. Hasta que una tarde regresó con una papeleta en la mano. Le dio la gran noticia:

—Ya tienes cama, Andrés. Esta mañana se ha muerto uno. Es para

ti el sitio. Ya puedes entrar esta noche.

Entró aquella misma noche. La mujer colocó la bolsa con las cosas que traía en la mesilla y le dijo, al despedirse:

—¿Sabes, Andrés?, quiero que vuelvas.

El estaba ya quitándose los zapatos:

—Que vuelvas a casa curado...

Contestó:

—Descuida, mujer. Ya volveré; ya verás...

Pero todo eso quedaba ya muy lejano, muy difuso, como entre algodones grises en su cabeza. La mujer, la hija, la chabola, los compañeros de la obra, los vecinos...

La mujer iba con frecuencia a verle. Su figura era ya familiar allí. Entraba sin hacer ruido, desliziéndose con las alpargatas por el piso reluciente de la sala, hasta llegar al rincón donde estaba el hombre, junto a unos ventanales. Si lo encontraba durmiendo no le despertaba, sino que se sentaba en aquella silla metálica y blanca que dejaban para las visitas, y esperaba, tranquilizada por el reposo sosegado del enfermo. Miraba su cara y buscaba en sus rasgos más vigor, más color de vida. Aquí le pondrán bueno, se repetía. Aquí tienen hasta inyecciones. Cuando él abría los ojos la reprochaba aquel silencio y le decía que le despertase siempre en cuanto llegase para aprovechar el tiempo que daban a los visitantes. Cada visita de aquellas les costaba un duro en la portería.

—¿Es que parecías tan tranquilo durmiendo...!

Ella creía, como todos los pobres, que el sueño era una buena medicina. Dormir, dormir, dormir. ¡Cuántos domingos, agotada, aprovechaba para acostarse y dejar pasar las horas sin moverse, con los ojos cerrados, hora tras hora!...

Siempre hablaban de lo mismo. De la niña, de la casa, de la paga

disminuida que le daban a ella en las oficinas.

—Y tú, ¿cómo te encuentras?

El hombre siempre contestaba:

—Mejor, mucho mejor...

Una tarde le dio una alegría: ya no escupía. Y otra le dijo que la fiebre iba ya para abajo.

¡La fiebre! «Es como un picazón», decía él. Como si tuviera un corazón perdido por el cuello, por las palmas de las manos, por los costados...

—Pero ¿te curarás?—repetía ella con miedo.

—¿Cómo no me voy a curar, mujer, cómo no me voy a curar!

Quedaban en silencio, mirándose uno a otro, sintiéndose los dos, sintiéndose, en aquel ambiente de reprimidos quejidos, de pisadas como blancas, ya un poco distintos, inexplicablemente separados.

—¿Por qué has traído nada?—preguntaba—.

—No me traigas nada. Aquí me dan bastante. No me traigas nada.

La mujer se disculpaba:

—Son sólo unas naranjas.

De fuera llegaban, apagados, de las calles, de un lejano mundo que a él le parecía un tiovivo repleto de colorines, una feria de risas y gritos que se iba haciendo cada día más difícil de recordar...

—Ni esol! No me traigas nada. La paga es para ti y para la niña...

Le caían los brazos sobre el colchón y notaba que ya sólo le iban quedando fuerzas en el alma de los ojos, en el habla...

Ella miraba al hombre allí tendido, derrotado. El miraba a la mujer allí encogida, llena de miedo. Después la figura, cuando un vigilante, al que había que dar una cajetilla de vez en cuando para que hiciera la vista gorda y no prohibiese la entrada los días que no eran de visita, avisaba la hora, se levantaba y se iba hacia afuera, hacia la calle.

Pero él cada hora, cada mañana y cada tarde que pasaba allí, se

sentía menos ligado a lo que había sido su mundo. Estar así, tumbado, sólo eso; mirar al techo blanco, o a las lejanas nubes que pasaban a tanta distancia de los ventanales... Contar los latidos de la fiebre.

No quería sanar. Se sentía a gusto así. Ponerse en pie exigía un gran esfuerzo. Además, sanar, ¿para qué? Ya sabía lo que le esperaba. La vuelta al andamio, a las calderetas, a los ladrillos, a los sacos de cal. La vuelta a la noria ciega de todos los días, sin un respiro.

«Lo peor de lo vuestro, de los que sois mano de obra —decía uno de los enfermeros—, no es la enfermedad, sino lo otro, la recaída. Porque volver al trabajo, después de estas cosas, es fatal...»

—Pero ¿te curarás?—preguntaba ella con miedo, con ganas de querer creer lo mejor.

—¿Cómo no me voy a curar, mujer! ¿Cómo no me voy a curar!

Descubría los secretos del mundo interior que hay en todos. El poder de la evocación, instintivamente, se iba despertando en él, a fuerza de estar horas y horas boca arriba, con el magín desvelado. Viejas estampas de sus primeros años de chico, estampas que creía olvidadas, pasaban por su cabeza y él se metía en ellas, porque el tiempo había limado la tristeza que tuvieron en su origen, como en un paisaje recién descubierta. Así, así, tumbado boca arriba nada más.

Una tarde abrió los ojos y vio a la mujer.

—Felipe, tienes que levantarte...

Le temblaban las manos y tenía los ojos hinchados por la angustia.

—¿Qué dices! —preguntó el hombre—.

—¿Por qué tengo que levantarme?

—Tienes que levantarte —repetió ella—, me lo dijeron los de la oficina, los que dan la paga...

Parecía que le hubieran apaleado el alma. Nunca la había visto tan derrotada; tan sumergida así, sobre



la silla; el vestido raído, ya como de papel, pegado al cuerpo; las manos apretando una pequeña cartera contra el estómago...

—Que ya ha pasado el plazo para estar enfermo. Que ya no pueden darnos más paga. Que ya ha pasado el tiempo.

—¿Eso te dijeron?

—Sí. Que si queríamos seguir con esta paga, que tendrías que trabajar una semana por lo menos. Darte de alta una semana y después volver a ponerte enfermo. Que ya ha pasado el tiempo...

Agitaba el pecho, hundido, estrecho, en un llanto silencioso, cargado de servidumbre.

El hombre no dijo nada. Apartó la vista. Miró, volviendo la cabeza, por las anchas cristaleras, por donde entraba la luz, cálida, limpia, de la tarde.

Estuvieron así un buen rato. Ella, llorando. Él, mirando mansamente. Hasta que se le acabó la mansedumbre y se revolvió el hombre que sólo tenía eso, sin recuerdos en la cabeza, cinco dedos en cada mano. Ordenó a la mujer.

—Abre la mesilla y dame los pantalones...

La mujer se movió:

—¿Te vas a levantar?

—Sí —contestó—, me voy a levantar. A ver qué es lo que quieren de mí...

Sacó las piernas de entre la ropa de la cama. Unas piernas largas, delgadas, embutidas en el pijama que allí daban al ingresar en la sala. Los pantalones que la mujer le alargó estaban arrugados, con huellas de haber estado malamente envueltos. Se los puso. Y después la camisa. Y las alpargatas. Y, finalmente, una cazadora azul de verano.

Varios enfermos, que desde sus camas habían contemplado la escena, comenzaron a hablar. Alguien salió en busca del vigilante de la sala.

Sería media tarde. Quizá una nube con caprichosa forma de fuente cruzase el cielo. Quizá los relojes de las plazas románticas se hubieran dormido. En algún sitio habría hombres con los dientes apretados, doblados sobre alguna tarea.

Llegó un médico, acompañado por un vigilante. Hombre y mujer se disponían a salir. Los miraban asombrados.

—Pero ¿es que se van? —preguntó el médico.

—Sí —dijo el hombre—, nos tenemos que ir. Me han venido a buscar. Tengo que volver a la obra.

El médico seguía sin entender. —Si usted sale, no podrá volver a entrar. Están prohibidas estas salidas. Nadie se puede dar de alta por su cuenta.

El hombre, que ya se había apartado unos metros de la cama, gritó entonces:

—¿Quién le va a dar a ella la paga, quién? —señalaba hacia la mujer.

Todavía se encaró más con el médico:

—¡Es una semana solamente! Sólo piden eso. Que vaya al andamio y trabaje otros siete días. Y que pida la baja de nuevo.

Entretanto, la mujer recogía las cosas, pocas, que quedaban en la mesilla y las metía en una bolsa. En seguida estuvo en disposición de marchar. Caminaron, hombre y mujer, pasillo adelante, entre los enfermos alborotados, hacia la salida. La alta figura de él, ya herida de muerte por la enfermedad, cruzó la puerta, seguida por la de la hembra.

El vigilante comenzó a levantar las ropas de la cama que todavía contenían el calor y el sudor recientes. Abrió una de las cristaleras del ventanal para que entrase aire fresco y se llevase el aliento del hombre que había quedado pegado a las ropas.

ACOTACIONES

EL TURISMO Y EL FENOMENO DE UNA INFLUENCIA RECIPROCA

Por Francisco CASARES

EVIDENTEMENTE, la presencia constante e intensificada de gentes extranjeras en nuestras ciudades representa una influencia que va determinando cambios en las costumbres, una directa proyección en aficiones y modos de vivir. No sé si ello debe gustarnos o no. Habrá, de seguro, opiniones diversas y aun contradictorias. Lo importante es que se trata de un hecho positivo y, como tal, hay que aceptarlo.

El primer fenómeno psicológico que produce el aluvión de turistas exóticos es una decisiva rectificación del efecto que su aparición decidiera en otro tiempo. El viajero que llegaba de otras latitudes venía a ser una personificación del pintoresquismo. Se ha llevado muchas veces al sainete y a la crónica costumbrista la estampa de quienes, con atendos que parecían extraños y hasta estrafalarios, inspiraban la reacción burlesca. Un anecdotario extenso recogía esas impresiones, en las que no estaba ausente el asombro, lindante con el papanatismo. Y los chistes, los chascarrillos, la versión de diálogos entre el turista y el indígena, sobre todo en ciertos medios de escasa cultura y de reducido civismo, constituían toda una tónica. Por fortuna, simultáneamente a la mayor frecuencia de las visitas de extranjeros se ha ido registrando una evolución.

En primer lugar, porque va siendo distinta la rasante de educación. Y los hábitos son de otro estilo, nada parecidos a los de antaño. Ya no llaman la atención las cosas que en el pretérito dejaban boquiabiertos a muchos españoles. Los adelantos, las máquinas, el más confortable vivir, la radio y la TV son elementos que promueven el contacto con aficiones extendidas en otros países que fueron por delante del nuestro en múltiples aspectos. Y como hay algo que no ha sido necesario importar ni adaptar, porque fue siempre consustancial al modo de ser de los españoles, que es la hospitalidad, en cuanto se ha eliminado lo que hubo de extrañeza, el acogimiento para los turistas se ha ampliado y perfeccionado. Y existe un ambiente de comprensión, de analogía de gustos y de prácticas, lo que facilita el acercamiento. Con él, inevitablemente, se produce el fenómeno de mimetismo. Esta es la razón de que pueda registrarse esa influencia a que antes me refería. No es que se rectifique la idiosincrasia. Es que se acopla y se ajusta a los modos que nos traen, con su presencia y sus divisas los viajeros.

No cabe duda que, a su vez, ellos se incorporan algunas de nuestras costumbres. Tenemos un ejemplo evidente en la afición a los toros, tan notoria y extendida, que hoy, con todas las dificultades y defectos que rodean al espectáculo taurino, son los espectadores que depara el turismo extranjero los que, en proporción mayor —y más favorable para empresas y lidiadores—, acuden a las plazas y aseguran los llenos o, en todo caso, las buenas entradas. Pero eso mismo, que desde el punto de vista de mantener la fiesta y del negocio de los que de ella viven, puede considerarse satisfactorio, no deja de presentar sus inconvenientes. El primero y más grave, el de una deformación de lo que fueron antiguamente exigencias y conocimiento cabal de lo que son o deberían ser las corridas de toros. El turista acepta todo lo que ve, se entusiasma, se exalta y va así cambiando el ambiente. Y los que forman el público español, el que pudiéramos denominar auténtico, va paulatinamente aceptando cosas y transgresiones que en otras épocas no hubiera aceptado en modo alguno.

En el vestir, en la convivencia social, en otros muchos aspectos, se nota ese proceso de influencia también. El whisky no era hace unos años bebida tan corriente como lo es ahora. Basta acudir a las salas de fiestas para observar cómo con la presencia de los turistas va creciendo el número de los españoles que frecuentan ese tipo de locales. En cuanto al deporte, ¿qué duda cabe que proliferara una afición que antiguamente —no hace mucho, en realidad— se desconocía y habría parecido, más que rara, casi inverosímil? Repito que no es mi propósito, ni está en mi ánimo, discriminar si esta transformación de estilos y de costumbres es buena o es mala. En todo caso, si no nos llega a gustar, hay que aceptarla como contribución que las circunstancias exigen en compensación de los indudables beneficios que el turismo exótico nos proporciona.

Bien venido sea, aunque nos atraiga hacia modos y modas que puedan no complacecernos del todo con el tradicional carácter español. También los que nos visitan se llevan con sus recuerdos y lo que aquí adquieren, algo de la influencia humana, inevitable, que se ejerce sobre ellos. Lo que les satisface y les impresiona, deja su huella. Y, en definitiva, todo esto es españolizar. Después, cuando retornan a sus países, se acuerdan de lo que en el nuestro vieron y viven un poco con los modos y las formas que hubieron de aprender. Lo vemos frecuentemente en la adaptación a los horarios. Se acostumbran, sin dificultad, a los nuestros. Por eso, aunque parezca laudable la tendencia a que nos europeizemos —al menos en ese detalle de las horas y la distribución de la jornada—, no está mal que exista un espíritu de mantenimiento de lo que fue siempre un género de vida. En suma: hay una recíproca influencia. Y es la consecuencia directa de lo que más nos puede alegrar. España está de moda, y el mejor testimonio de ello es la trayectoria ascendente del turismo extranjero, que tanto nos favorece.